

El historiador intermediario

La nación sentida.

Colombia, 1949. El país se busca en sus palabras

HERBERT BRAUN

Penguin Random House, Bogotá, 2018, 546 pp.

EL TÍTULO del libro parece fiel al contenido. Herbert Braun les ha dado mucha importancia a las palabras que usaban los colombianos en los días cercanos al asesinato de Jorge Eliécer Gaitán; el propósito del autor de *Mataron a Gaitán* es mostrarnos las palabras, las formas de hablar y de sentir de las gentes colombianas, más o menos entre 1946 y 1953, con el énfasis puesto en 1949, el año posterior al asesinato del político liberal. Pero la propuesta, en apariencia simple, se vuelve apuesta narrativa compleja basada en la selección de testimonios que procuran dar cuenta de cómo los colombianos se comunicaban “de arriba abajo y de abajo arriba”. El autor —a veces olvidamos que los historiadores también son autores— escogió a un corresponsal de *El Siglo*, en Cartago; un redactor del mismo periódico, en Bogotá; un alcalde militar de Muzo (Boyacá); un boticario que se volvió guerrillero, en Yacopí (Cundinamarca); un jefe de las guerrillas liberales, en Caracas; el expresidente Alfonso López Pumarejo, en Londres; un telegrafista que viaja entre Roldanillo (Valle del Cauca) y Bogotá, y al obispo Miguel Ángel Builes, en Santa Rosa de Osos (Antioquia). Queda claro, desde el inicio, que la selección de testimonios tiene sello masculino como si la conversación pública de esos años hubiese sido exclusiva de los hombres.

El libro presenta una nomenclatura novedosa; está dividido en “entradas”, “momentos” y “salidas”, especie de metáfora del procesamiento de información. Tiene el tenue apoyo de las fotografías de Sady González pero, en general, ni la fotografía ni la caricatura ni las artes plásticas están incluidas en lo que el autor ha seleccionado como testimonio. Al leer el libro, los testimonios se multiplican y dispersan en otros nombres. Braun le ha dado mucha importancia, quizás demasiada, a lo que transmitía en esos años la revista *Sema-*

na; se ha detenido en los Santos y los Caballero que dominaban la escritura en algunos diarios capitalinos. Y sucede algo más ostensible: el historiador que narra o explica se diluye, desaparece. Los testimonios quedan puestos y expuestos; algunas glosas aquí y allá, a veces una frase que anuncia, enlaza o cierra un largo documento. El historiador ha quedado tras bambalinas y nos ha puesto a armar un rompecabezas de testimonios que, claro, deben señalar hacia algún sentido.

El muestrario documental es más denso y plural de lo que anunció; los testimonios están salpicados por comentarios del historiador que tienen, a nuestro modo de ver, un sello entre etnolingüístico y antropológico. A Braun le interesa caracterizar el lenguaje público de aquellos individuos que representaban ciertos lugares en la jerarquía social y política de aquellos años. Examina las fórmulas más recurrentes de aquellas conversaciones escritas y públicas; son hombres, casi siempre hombres, que expresan emociones, deferencias; anuncian rivalidades, camuflan odios entre metáforas. Unos acusan, otros insultan, otros alaban. Unos buscan ser reconocidos, otros buscan intimidar, otros más lanzan acusaciones. El muestrario parece un corpus del lenguaje público de una época en que, al tiempo que se hablaba, se asesinaba de las formas más abyectas.

Dos preguntas se imponen al leer esta obra: ¿qué ha terminado por construir el historiador y, en consecuencia, a dónde fue a parar el historiador? Braun ha compendiado testimonios y los ha dispuesto para enunciar una pretendida pluralidad de voces, ha querido mostrarnos un mosaico de voces que circularon públicamente, con mayor o menor repercusión, especialmente en los formatos del periodismo escrito del año 1949; pero también se ha detenido en memorias y relatos de ficción. El historiador, por tanto, ha obrado primordialmente como compilador interesado escogiendo tales o cuales testimonios para hacerlos circular en un relato polifónico. Ha obrado, entonces, como un intermediario, como un agente transmisor, dejando que los testimonios hablen. No ha querido construir una explicación o una representación propia de lo acontecido en los días siguientes

al asesinato de Gaitán, ha tratado de elidir su subjetividad y evitó elaborar una gruesa narración-explicación; ha preferido seleccionar testimonios y los ha distribuido a manera de un relato general. La subjetividad del historiador ha obrado de otro modo, está a la vez presente y ausente en el libro. Está presente como la voluntad que decidió qué iba y dónde iba en la composición general de la obra, y está ausente porque no tuvo la voluntad de construir su propia representación sobre los eventos de la época. A no ser que digamos que su selección documental ya es una representación de aquel pasado.

Eso tiene sus consecuencias. La más inmediata es que el lector puede componer de cualquiera otra manera el relato, entrar y salir por donde quiera; puede empezar a leer por cualquier parte, comenzar por cualquier retazo testimonial. Los títulos y subtítulos elegidos por Braun pueden ser direcciones de lectura, por supuesto, pero son tan banales, tan livianos, que pueden despreciarse. Lo único verdaderamente orientador y explícito por parte de Braun aparece en el inicio y en final; la nomenclatura general tiene poco significado y solo sirve para disimular que estamos ante un compendio de documentos reunidos en forma de libro. Podemos creer, a favor de la obra, que Braun se comprometió con un ejercicio pedagógico; dejó discurrir los testimonios para aleccionarnos acerca de algo y, al final, nos deja algunas explicaciones que son interesantes pero que, dada la brevedad, juzgamos insuficientes. El muestrario documental, es cierto, nos expone una sociedad cuyo trato social, como dice el historiador (y dicen los antropólogos), era “de cara a cara”. Aquí, cuando el historiador comienza a darnos una sustanciosa interpretación de lo que atraviesan los testimonios de la conversación de aquellos años, el libro se acaba, de modo que termina en punta o, como se dice para ciertas novelas, el final queda abierto y, otros dirán, queda mal resuelto.

Quizás estemos mal acostumbrados o sigamos atados a una forma muy clásica de escribir la historia, pero echamos de menos en el libro de Braun algunos trazos sobre el contexto político colombiano de 1949. Ese

RESEÑAS		HISTORIA
año es sombrío y tenso, con alcaldes militares, intervenciones del ejército y de la policía, y casi 20.000 colombianos asesinados (eso sí lo dice). Ha debido recordarnos que en ese año se impuso la censura oficial a la radio y al periodismo escrito. Esa locuacidad estaba bajo la sombra de la censura previa. No era fácil hablar en público. Sin embargo, lo que parece mostrarnos o decirnos el profesor Braun es que hasta entonces Colombia acumulaba una tradición deliberante, muy preocupada por las formas en el decir. En las pocas acotaciones que nos regala el autor, dice: “[...] para los colombianos, las palabras, y muchas y bonitas, les son indispensables en su trato social y cotidiano” (p. 266). Braun nos ha querido mostrar un país cruelmente verborrágico, que conversaba y mataba; que exhibía una presunta civilidad en las maneras de hablar pero también podía provocar, con las palabras, acciones violentas. No me atrevo a determinar si Herbert Braun sale bien o mal librado de este experimento narrativo que parece borrar fronteras entre géneros de escritura y pone la ciencia histórica a caminar por la cornisa. Soy de los que cree que el historiador no se dedica a “conectar relatos”. La apuesta no es sencilla ni para el autor ni para el lector; Braun se ha arriesgado con un libro que puede desconcertar y hasta decepcionar. Después de su <i>opus magnum</i> dedicado a la vida y muerte de Jorge Eliécer Gaitán, esta otra obra deja dudas. No es libro raro ni anómalo; nos evoca, por ejemplo, a Hans Ulrich Gumbrecht y su libro <i>En 1926. Viviendo al borde del tiempo</i>. Aquí, Braun, para hablar del lenguaje y la sensibilidad públicos, luego del magnicidio de 1948, ha puesto en tensión el discurso histórico. Una valoración menos concesiva nos obliga a decir que el historiador prefirió escabullirse de los esfuerzos de la explicación y la interpretación, y unirse al coro de los tanteos posmodernos de escritura de la historia. Gilberto Loaiza Cano Departamento de Filosofía Universidad del Valle Cali		